

Los Invasores

Una maravillosa expedición alrededor de la casa.



Fernando Olavarría Gabler



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 154552. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.

Los Invasores

Una maravillosa expedición alrededor de la casa.

(Un Cuento para Camila)

Fernando Olavarría Gabler

Saben dónde está Puerto Williams?

Si lo van a buscar en el mapa, lo encontrarán muy al Sur, casi al final de América.

En la época que les cuento esta historia, Puerto Williams era una base naval y nada más. Allí iban destinados los marinos chilenos por algunos años y llegaban con sus familias a vivir en esa inhóspita zona. El clima se presentaba con mucho frío en los inviernos pero el lugar les ofrecía a los niños un valioso regalo que no tenían los niños que vivían en las grandes ciudades: El aire era puro y la naturaleza los rodeaba por todos lados brindándoles todo su encanto. El bosque, las montañas cubiertas de nieves eternas y los animales silvestres convivían con los habitantes de esta lejana ciudad y es por eso que Camila se sentía feliz allí, rodeada de todo aquello y del cariño de sus padres y hermanos mayores.

Un verano, llegaron sus tíos y sus primos a visitar a los papás de Camila y la niña tuvo el placer de jugar con sus primos.

Como el día había amanecido lleno de sol y lucía esplendoroso, la mamá de Camila les dio permiso para que jugaran fuera de la casa y a Camila se le ocurrió hacer un paseo alrededor de ella.

Partieron entonces Camila, Juan Pablo, Joaquín, Cristobal, Alonso, Francisca y Magdalena. Todos muy abrigados con sus parkas, guantes y gruesos zapatos para la nieve.

Era agradable verlos caminar sobre el blanco prado nevado con sus vestimentas de llamativos colores.

Parecían siete enanitos que se dirigían al bosque. Y como el bosque no estaba deshabitado, lo primero que vieron fue un pajarillo posado sobre una rama que los estaba observando.

-Buenos días- dijo el pajarito y los niños quedaron maravillados, no

porque el pajarito les había hablado, sino por su hermoso plumaje, Éste era bastante oscuro pero en el dorso tenía una mancha marrón rojiza, muy linda y vistosa.

-¿Tú vives en este bosque? preguntó Joaquín.

-Estoy aquí por un tiempo pero después me voy al Norte. Les diré que me siento dichoso porque el invierno se ha ido. Llegué a estos lugares hace dos semanas y estaba esperando a mi esposa que había tardado en llegar. Estamos muy contentos porque empezaremos a hacer el nido para que ella ponga los huevos en este lugar y ¡nazcan nuestros hijos! ¿No es eso una gran felicidad pequeños niños?

-¡Siiiií!, contestaron todos, ¿dónde está tu esposa?

-Está echada en el suelo detrás de esos arbustos. Se siente muy cansada por el largo viaje y se ha quedado dormida. Por favor, no la despierten.

-¿Cómo te llamas? preguntó en voz baja Juan Pablo.

-Ustedes, los humanos, me llaman Colegial.

-¿Por qué te llaman así?, volvió a preguntar Juan Pablo.

-Porque con mi plumaje oscuro y esta mancha que llevo en la espalda, parezco un niño que va al colegio con su uniforme azul y su bolsón en el dorso.

-¿A qué colegio vas? preguntó Camila.

-No, Camila, explicó Juan Pablo. Por el color de las plumas le dicen así, pero no va al colegio para aprender a volar.

-Así es dijo el pajarillo. ¿Saben la última noticia? ¡Han llegado unos invasores!

-¿Invasores? ¿Qué son invasores? -preguntó Cristóbal.

-Son animales extraños comentó el pajarillo. Nunca los había visto antes y eso que vengo desde hace varios años a estos parajes.

-¿Cómo llegaron? preguntó Alonso.

-Según dicen, los humanos los trajeron aquí. Están rompiendo

los árboles, los dejan caer sobre los riachuelos y producen grandes inundaciones. Son horribles, peludos y bigotudos, con una gran cola plana que mata a cualquiera que se les acerque.

-¡Esto no puede ser! exclamó Camila. Tenemos que ir a matarlos antes que con sus colas planas nos achaten la casa.

-Si nos rompen la casa ¿dónde vamos a dormir? Lloriqueó Magdalena, la más pequeñita de todos los exploradores.

-No se aflijan dijo el Colegial-, aún están muy lejos de aquí. Tengo que ir a ver a mi esposa; se ha despertado de la siesta. Debemos construir lo antes posible nuestro nido y la convenceré que lo hagamos sobre la rama de un arbusto y no en el suelo, para que así estos tenebrosos invasores no la aplasten con su cola.

-Tenemos que atacarlos dijo Cristóbal, pero ¿dónde están?

-Sigán por ese camino, dijo el Colegial. Llegarán a una laguna. Allí es probable que los encuentren.

Los niños caminaron por el sendero que serpenteaba por un bosquecillo de coihúes y llegaron a una hermosa laguna a la cual desembocaba un riachuelo.

Nada se veía en la superficie.

-¡EEH! ¿Hay alguien aquí? gritaron los niños

-¡EEH! ¡FIIIIIO! Silbó Juan Pablo ¿Están aquí los inventores?, gritó Camila.

-¡No, Camila! - ¡Los invasores! corrigió Juan Pablo.

-¿Están aquí los invasores? Gritaron a coro los niños.

Nada ... Silencio.

De pronto, sobre la superficie del agua se asomó una cabeza. Era una cabeza de pato.

-¿Qué buscan ustedes? preguntó la cabeza de pato.

-A los invasores - respondieron los niños.

-¿Los invasores? No he visto nada de eso en esta laguna, dijo

el pato y se zambulló en el agua. Volvió a aparecer cerca de la orilla donde estaban los niños y ellos pudieron observarlo mejor porque ahora nadaba sobre el agua. ¡Qué hermoso se veía! Su cabeza era negra azulada y su cola también. El pico era de un intenso color azul pálido y el plumaje de un color marrón rojizo, tan bonito como el bolsón del Colegial.

-¡Qué lindo eres! exclamó Alonso ¿Cómo te llamas?

-Yo soy el pato rana de pico ancho respondió el pato y se sumergió en el agua.

Los niños esperaron ansiosos que volviera a aparecer y después de un buen rato se asomó nuevamente y nadó hacia ellos.

-¿Qué estabas haciendo debajo del agua? preguntó Joaquín.
¿Estabas buscando a los inventores?

-A los invasores, corrigió Camila.

-Los busqué pero no los encontré, dijo el pato. Aquí no están.

¡Adiós!, y volvió a sumergirse.

Los niños continuaron caminando por el sendero que orillaba la laguna y se internaba en el bosquecillo.

El cielo se había nublado y oscuros nubarrones anunciaban mal tiempo. Hacía mucho frío y los primeros copos de nieve comenzaron a caer a través de las ramas de los árboles.

-¡Qué frío tengo!, se quejó unos de los niños.

-¡Quiero volver a casa! murmuró otro.

-Regresemos, dijo Camila, está cayendo mucha nieve.

-¡Niños! oyeron una voz que los llamaba.

-Es tu mamá que nos está buscando, cuchicheó Francisca.

Los niños acudieron a dónde salía la voz y se encontraron frente a una pequeña cabaña situada en la orilla de la laguna. Estaba hecha de finas ramitas. En su fachada había un gran orificio y del techo salía humo por una chimenea.

En el umbral estaba una rata que los llamaba.

¡Vengan pronto!, dijo la rata. Está nevando fuerte; pasen a mi casa y caliéntense al lado de la cocina.

Los niños entraron cautelosos al interior de la casa de ramas y llegaron a un gran espacio iluminado donde había una cocina a leña. Era la habitación de la rata almizclera.

Pasen. Siéntense en esas banquetas. Sáquense las parkas y póngalas a secar. Cuélguelas sobre estas cuerdas. ¿Tienen frío? He preparado un rico caldo de raíces. La sopa está lista ¡Qué sabrosa está!

En efecto, la bondadosa rata había destapado una hirviente olla que estaba sobre la cocina y la revolvía con una cuchara de madera. Está deliciosa - dijo. Vayan a ese desván y saquen cada uno una cuchara y un plato y pónganlos sobre la mesa. Muy bien, ahora traigan los platos para acá y yo les serviré la sopa con este cucharón.

La rata se había puesto un delantal rojo y le sirvió la sopa a



cada niño.

-Bien, bien - ¡Se pasó el frío! Díganme niñitos ¿qué hacían solos en el bosque con esta nevazón?

-Estábamos explorando alrededor de la casa de Camila, y buscábamos a los invasores, dijo Juan Pablo.

-¿Los invasores? ¿Quiénes son ellos? Preguntó la rata.

-Son unos seres malos que cortan los árboles, los echan encima del agua y producen inundaciones y matan con una cola plana a todos los que se encuentran cerca de ellos.

-¿Con una cola plana? ¿Cortan árboles?

¡Ah! ¡Sí! ¡Son los castores! Exclamó la rata.

-¿Los castores?

-Sí dijo la rata, muy alegre. Los conozco; los han traído recientemente contra su voluntad. He oído decir que de Canadá. En realidad no sé dónde está Canadá. Debe ser una gran laguna más al

norte de estas tierras.

Pero ¡No! ¡No son malvados ni aplastan con su cola! ¡Ja! ¡Ja!
¡Qué divertido!

Son seres muy bondadosos, cortan uno que otro árbol para hacer una laguna y vivir en ella, en sus casas hechas de ramitas y barro muy parecidas a la mía.

Son muy buenos, quieren mucho a sus hijos. Con esa cola plana no le hacen daño a nadie, solamente les sirve de timón cuando nadan debajo del agua.

Los niños escuchaban asombrados lo que decía la rata almizclera, mientras saboreaban la sopa de raíces. En realidad, estaba exquisita. Semejaba a la sopa de papas y rábanos que hacía la mamá de Camila.

-Veo que les ha gustado mi sopa, comentó la rata almizclera.
¿Quieren más?

-Sí, dijeron todos.

Y la buena rata almizclera les llenó nuevamente los platos.

-Esos castores son parientes lejanos míos, dijo la rata. Vayan a visitarlos, es interesante ver cómo construyen sus hogares. Al parecer el tiempo ha mejorado y ha dejado de nevar. El Sol alumbra las ramas de los árboles ¡Qué lindas se ven cubiertas de nieve!

-Vuelvan a casa mis queridos niños. Mamá debe estar echándolos de menos.

Los niños se pusieron las parkas y se despidieron de la rata almizclera. Ésta los acompañó hasta la entrada de su casa.

Partieron los siete niños en busca, no de los malos invasores sino de los bondadosos castores, para saludarlos y conocer sus casas.

-¿No tienes miedo Joaquín, de ir a conocer a los castores?

-No, dijo Joaquín, porque la rata almizclera fue muy buena con nosotros y no miente, al igual que mi mamá.

-Pues vamos a visitar a los castores y ¡jugaremos con ellos!
dijo Cristóbal.

Los niños siguieron la dirección que les había indicado la rata almizclera y llegaron a otra laguna, que no estaba muy lejos de la casa de Camila.

Lo que vieron los llenó de asombro. La laguna no era tal. Era un riachuelo que había sido bloqueado por una represa construida por los castores. Estaba hecha de múltiples ramas de un tronco caído, todo ello cortado por los habitantes de la laguna artificial.

En las orillas se veían más palos acumulados y mezclados con barro formando pequeñas casas cónicas, pero no se divisaba en ellas ninguna ventana o puerta.

¡Buenos días!, saludó un animal peludo que nadaba en esos momentos hacia el dique. Los niños pudieron observarlo sin tener miedo, porque la cara del castor era simpática. Parecía un gran ratón o

conejo peludo pero con orejas y ojos pequeños. Su mirada era franca y alegre lo que disipaba todo temor.

-¿Tú eres un castor?, preguntó Joaquín.

-Sí - respondió el castor.

-¿No eres malo? Preguntó Alonso.

-¿Malo? ¿Qué es eso?

-Si matas a la gente con tu cola, dijo Cristóbal.

-Nada de eso rió el castor -. Mi cola plana sirve de timón ¡miren cómo nado con ella!

Y diciendo esto, el gracioso animalito empezó a nadar delante de los niños en forma tan elegante y armoniosa que los niños, sin salir de su asombro, terminaron por aplaudirlo.

Mis hijos nadan tan bien y acaso mejor que yo, exclamó el castor. Iré a buscar al menor de ellos para que lo conozcan. Entonces papá castor nadó hacia la casa de ramitas de la orilla y antes de llegar a

ella se sumergió en el agua.

-La entrada a la casa está por debajo del agua-comentó Juan Pablo.

Al poco rato apareció el gracioso castor con el menor de sus hijos. Éste era igual a él pero más pequeño ¡Qué simpático se veía! Nadó a las mil maravillas y los niños quedaron admirados con su habilidad. Papá castor lo miraba complacido.

-¿Podemos nadar contigo? Preguntó Alonso.

-No, no, dijo papá castor. El agua está muy fría y se pueden congelar. Haré que mi hijo vaya donde ustedes.

En efecto, el pequeño castor salió del agua y caminó por sobre las ramas de la represa y quedó junto a los niños. ¡Qué hermoso era su pelaje!

-¿Puedo tocarte? Preguntó Francisca, y al asentir el pequeño castor los niños se acercaron a él y lo acariciaron.

Su pelaje se sentía suave y sedoso, a pesar de estar mojado por el agua.

-Tengo que irme, dijo el castor y metiéndose nuevamente en el agua llegó donde estaba su papá.

-¡Adiós! Dijeron los animalitos. Nos vamos a almorzar. Mamá castora nos está llamando ¿Ustedes no han almorzado?

-¡Sí! Contestaron los niños. La rata almizclera nos convidó sopa en su casa antes de venir acá.

-¡Ah! Nuestra prima, la bondadosa rata almizclera. Díganle que nos venga a visitar, dijo el castor, y haciendo una graciosa venia ambos animalitos se sumergieron en el agua y entraron a su hogar hecho de pequeñas ramas y barro.

Los niños se quedaron solos nuevamente y decidieron volver a casa.

Pronto llegaron. La mamá de Camila los recibió muy

preocupada porque no sabía dónde estaban cuando había comenzado a nevar. ¡Qué susto! Había salido a buscarlos pero no los encontró. Menos mal que la nevazón había sido corta, y el susto había pasado. Ahora estaban todos felices con el calor del hogar.

-¿Dónde estaban cuando comenzó a nevar? Preguntó mamá.

-Estuvimos en la casa de la rata almizclera, respondió Camila.

-Y nos convidó sopa dijo Joaquín.

-¿Sopa?

-Sí de raíces, pero tenía gusto a papas, expresó Cristóbal.

-Y nos repetimos porque estaba muy rica y nos quitó el frío dijo Alonso.

-¡Ah! ¡Estos niños! ¡Qué imaginación tienen! Comentó la mamá de Camila sonriendo cariñosamente.

-Es verdad tía, exclamó Juan Pablo y después fuimos a ver a los castores.

- Tengo hambre. Quiero más sopa, comentó Magdalena, la más pequeñita.

- Bueno, les daré sopa. Ah, y también les tengo un rico kuchen que lo comeremos a la hora del té.

Al día siguiente, los niños fueron a la laguna a visitar a la rata almizclera pero no encontraron la cabaña hecha de palitos; aún más delicados que los de la casa de los castores.

Fin

Las asombrosas Aventuras de Federico y otros cuentos maravillosos.

1. Federico
2. Juanita y el Duende Negro
3. Alejandra y el Brujo de los Calzones Morados
4. Una Vida, Cien Vidas, Infinitas Vidas. El Pato Gordo y el Pescador
5. La Puerta Transparente
6. Mariela
7. Rodrigo y el Hospital de las Brujas
8. El Payaso
9. Un Misterioso Plato de Miel
10. La Gallina de las Tripas de Bronce
11. Miguelina
12. La Caperucita Rosada
13. Tarari Tarará
14. Fortunata y el Príncipe de los sapos
15. Ingrid y los Siete Gansos
16. La Flauta de Oro
17. El Cumpleaños de Cristina
18. Una Voz en el Bosque
19. El Caracol Nacarado
20. Anabella y el Duende Azul
21. Extraño Viaje
22. Pin Pin
23. La Bruja Roja y el Sastrecillo Mentiroso
24. El Caballo Encantado de Viña del Mar
25. La Muñequita
26. El Príncipe Rojo
27. El Valle del Brujo Blanco
28. El Hada Azul
29. La Grandiosa Sinfonía de la Niebla y la Hija de la Música
30. El Baúl de las Hadas
31. La Receta de Cocina
32. Los Invasores
33. Monsieur Le Coucourouch
34. El Gato de Camila y las bellísimas Chinchillas
35. Un regalo para la princesita
36. La Misteriosa casa de Under
37. La Fiesta de la Cebolla
38. La Imagen de la Bruja Elevada a la Séptima Potencia
39. El Duque de la Naranja y la Emperatriz Mandarina
40. Marietta
41. El Salterio Volador
42. Adelina